

ALGO MÁS QUE UN *OUTSIDER*: LA TRAYECTORIA POLÍTICA DE CARLOS MENEM ENTRE 1983 Y 1989

Joaquín Baeza Belda

Universidad de Salamanca

Si alguna categoría ha hecho fortuna en el análisis de la política latinoamericana, esta ha sido la del populismo. A pesar de su ambigüedad y su falta de precisión (o quizás debido a ello), el término ha traspasado ampliamente el marco de las discusiones académicas para usarse de manera cotidiana tanto en textos periodísticos como en conversaciones informales. Pocos políticos de la región se han salvado de ser tildados con el adjetivo de populista y de su carga peyorativa, desde los clásicos Getulio Vargas, Juan Domingo Perón o Velasco Ibarra a los más recientes casos de Hugo Chávez, Rafael Correa o Hugo Morales. Cuando las experiencias populistas parecían ya agotadas y eran explicadas como el producto de una coyuntura histórica específica, la de los años 30 y 40, en la década de los 90 surgieron una serie de líderes (Collor de Melo en Brasil, Menem en Argentina, Fujimori en Perú, Bucaram en Ecuador) que compartían varias de las características de los populismos clásicos. Llegaban en un contexto económico diferente, apoyados por una base social distinta y, ante todo, les separaba la sorprendente aplicación de ajustes de corte neoliberal, pero compartían con ellos el contexto de crisis socioeconómica y de falta de representación política y, principalmente, un estilo de liderazgo basado en la relación directa entre el líder y sus seguidores y una gran concentración de poder por parte de ese líder¹.

¹ Una buena síntesis sobre el populismo se puede encontrar en FREIDENBERG, F.: *La tentación populista: una vía al poder en América Latina*, Madrid, Síntesis, 2007.

En un entorno marcado por la impugnación a los políticos², muchos de estos líderes neopopulistas podían ser catalogados de *outsiders*, de individuos sin ningún vínculo previo con el mundo de la política, lo que no sólo no suponía un problema, sino que se convertía en uno de sus más importantes atractivos y en el eje de su discurso. Con un aparato político construido específicamente para apoyar al líder, los casos de Fujimori, Collor de Melo o Berlusconi y Jesús Gil, en Italia y España respectivamente, constituirían buenos ejemplos de estos llamados *outsiders*, pero también en Argentina, bajando al nivel provincial, encontramos perfiles que responden a este patrón, como los casos de Carlos Reutemann (famoso piloto de Fórmula Uno que llegó a ser gobernador de la provincia de Santa Fe) o Palito Ortega (conocido cantante de música ligera, que también ocupó la gobernación de Tucumán), si bien atemperados por contar con el respaldo del Partido Justicialista³, o como el de antiguos militares de la dictadura iniciada en 1976 que conocieron éxitos electorales, como Bussi, Ulloa o Rico⁴.

Carlos Menem, figura sobre la que girará el presente trabajo, compartía muchas de las características de estos líderes neopopulistas citados anteriormente, en especial el cultivo de una imagen que poco casaba con la del político tradicional, pero estaba muy lejos de poder ser considerado un *outsider*. Más allá de su discurso, su carácter campechano e iconoclasta y su afición a los deportes de riesgo⁵, Menem era un político

² En Argentina dicha impugnación a los políticos tradicionales tuvo mucho que ver con el desencanto por el no cumplimiento de las grandes expectativas generadas con el retorno a la democracia. La grave crisis económica, a la que el gobierno no parecía hallar respuesta, y la zigzagueante gestión del problema militar erosionaron enormemente la imagen tanto de los miembros del gobierno como de las principales figuras de la oposición.

³ Datos y análisis sobre los gobernadores Reutemann y Ortega se pueden hallar en NOVARO, M.: *Pilotos de tormentas. Crisis de representación y personalización de la política en Argentina (1989-1993)*, Buenos Aires, Letra Buena, 1994.

⁴ Una obra que analiza la actuación de estos militares en la arena política es la de LACOSTE, P. (comp.): *Militares y política 1983-1991 (Rico, Bussi, Ruiz Palacios, Ulloa, Mittelbach y el CEMIDA)*, Buenos Aires, CEAL, 1993.

⁵ Como muestra de ese carácter, en una entrevista realizada en 1986, Menem se desmarcaba desde un inicio de un entrevistador habituado a preguntar sobre cuestiones políticas de esta manera: «¿Qué quieren saber que no haya dicho? ¿Si voy a seguir corriendo rallys? Sí, voy a seguir corriendo rallys ¿Si juego al fútbol? Sí, juego al fútbol ¿Si soy hincha de River? Sí, soy hincha de River ¿Si me gusta el básquet? Sí,

que atesoraba una larga trayectoria en un partido de gran tradición en Argentina como era el peronista y que antes de acceder al poder presidencial en 1989 había sido ya elegido gobernador de su provincia, La Rioja, en 1973 y 1983.

El estudio de la trayectoria política de Menem durante esos años previos a la llegada a la presidencia, entre 1983 y 1989, objetivo principal de esta comunicación, permitiría, en primer lugar, enfocar desde otra perspectiva la citada cuestión de los neopopulismos, aportando un estudio de caso sobre el origen y causas del surgimiento de este tipo de líderes.

Pero, ante todo, dicho tema llevaría a abordar interesantes cuestiones de la historia reciente argentina. Los diez años de gobierno menemista, diez años en los que el núcleo de su programa permaneció apenas inalterado (algo a destacar dada la convulsa e inestable trayectoria política del país), han marcado fuertemente, como pocas veces antes, el paisaje económico, político y social de Argentina. Medidas tan contundentes y radicales como el Plan de Convertibilidad, el programa de privatizaciones y, en general, la aplicación de la receta neoliberal cambiaron el panorama del país, especialmente por sus altos costos sociales y por el cambio de modelo económico perfilado a partir de tales reformas. Las propuestas de Menem para aplacar la grave crisis que desangraba el país no sólo fueron radicales, sino que, aprovechando el caótico contexto⁶, se aplicaron con una inusitada rapidez y sin demasiadas resistencias y fueron sorprendentes en tanto que el encargado de llevarlas a cabo fue un peronista, un miembro del partido que el imaginario colectivo asociaba a la

me gusta y lo juego ¿Si es cierto que soy piloto de aviones? Sí, soy piloto de aviones y también vuelo multimotores y el ultraliviano que le compré a Di Palma». CAFIERO, A. et al.: *Hablan los renovadores*, Buenos Aires, Ed. de la Galera, 1986, p. 99.

⁶ Argentina sufrió a principios de 1989 varios picos hiperinflacionarios que descontrolaron completamente la economía, provocaron disturbios sociales y obligaron al presidente Alfonsín a entregar el relevo meses antes de lo requerido constitucionalmente. Para conocer más detalles de este fenómeno, se puede consultar la obra de SOLANET, M.: *La hiperinflación del 89*, Buenos Aires, Lumiere, 2006.

defensa de los trabajadores y desprotegidos y a políticas afines al nacionalismo económico.

El gobierno de Menem ha sido interpretado, en general, como una cesura respecto del pasado tanto del modelo económico y social que había regido en el país desde al menos los años 40 como de lo que se consideraba que era el justicialismo⁷. En ese último sentido, por ejemplo, si Perón había apostado por la nacionalización de sectores claves de la economía, Menem llegaba en los 90 defendiendo las privatizaciones; si Perón defendía el nacionalismo económico, la política de sustitución de importaciones y tenía en EEUU y el imperialismo a su gran bestia negra, los políticos menemistas hablaban de mantener *relaciones carnales* con los estadounidenses⁸. Sin negar que dicho corte sea evidente, desde aquí queremos subrayar las continuidades entre Menem y el pasado del peronismo. Bucear en ese periodo previo nos ayudará a conocer hasta qué punto llega la cesura en el estilo e ideario político menemista antes y después de su toma del poder.

Asimismo, repasar la trayectoria del riojano es también repasar, desde el privilegiado punto de vista de uno de sus protagonistas, la historia del peronismo entre 1983 y 1989, una historia que no ha merecido hasta ahora tanta atención como la de

⁷ Por ejemplo, Palermo y Novaro mantienen dicha interpretación: «Cualquiera sea la valoración que hagamos de este fenómeno excepcional de la política contemporánea argentina, estaremos de acuerdo en que ha conllevado la ruptura de no pocas tradiciones, formas de relación y esquemas de comprensión que durante largo tiempo ordenaron nuestra vida colectiva (...). El gobierno de Menem ha sido, por sobre todas las cosas, un tiempo de cambio. Y como tal debe ser analizado». NOVARO, M. y PALERMO, V.: *Política y poder en el gobierno de Menem*, Buenos Aires, Norma, 1996, p. 16.

⁸ Por supuesto, debemos diferenciar entre el discurso de Perón y la imagen que de sus políticas se ha proyectado en la memoria colectiva, con la realidad de estas. Sobre todo a partir de 1952, cuando los años de la llamada fiesta peronista fueron quedando a un lado por la crisis, en las políticas peronistas no faltaron desesperadas llamadas a la llegada de inversiones extranjeras ni acercamientos con los estadounidenses. Girbal-Blacha tiene interesantes estudios sobre estas contradicciones entre el discurso e imaginario peronista y la realidad, como GIRBAL-BLACHA, N.: *Mitos, paradojas y realidades en la Argentina peronista: 1946-1955. Una interpretación histórica de sus decisiones político-económicas*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2003.

otros periodos⁹, pero que está marcada por una grave crisis interna (debida principalmente a la ausencia de Perón, a las heridas arrastradas desde la dictadura y a la derrota electoral de 1983) y la división entre los llamados ortodoxos y los llamados renovadores, quienes pretendían insuflar aires democráticos y nuevos enfoques al partido. Menem, tan oportunista como lo sería años más tarde, supo moverse en ese convulso contexto y apostar sus cartas con la suficiente intuición como para pasar de ser un pintoresco gobernador de una lejana provincia a presidente de la Nación.

Para ahondar en estas cuestiones, dividiremos este trabajo en dos apartados con un criterio cronológico: el primero abordará el periodo entre 1983 y 1984, entre las primeras elecciones tras la dictadura y el inicio de la Renovación peronista, mientras que el segundo lo hará entre 1986 y 1989, en el que veremos cómo Menem, uno de los principales referentes de la Renovación, se desliga de esa corriente y logra vencer a su máximo representante, Antonio Cafiero, en las elecciones internas de 1988.

1983-1985: de la derrota a la Renovación

Los comicios de octubre de 1983, además de suponer el fin de la más dura dictadura que haya sufrido Argentina, significaron también la primera derrota que sufrió el justicialismo en unas elecciones libres, rompiendo de esa manera el mito de imbatibilidad y de consustanciación con el pueblo argentino del que había disfrutado el peronismo hasta ese momento. La campaña del justicialismo había sido confusa y bastante improvisada¹⁰, dada la dificultad de reestructurar el partido tras los siete años

⁹ Como bien se sabe, los temas estudiados por las ciencias sociales y la Historia tienen mucho que ver con modas y con cuestiones que tienen que ver con los debates de la actualidad. En ese sentido, si el peronismo permaneció durante los 80 en un lugar secundario frente a su enorme protagonismo en décadas anteriores y posteriores, no es extraño que el estudio de esa época en el partido no haya merecido una atención mayor.

¹⁰ Una buena crónica de los días de la campaña del peronismo se puede encontrar en CORDEU, M. et al.: *Peronismo, la mayoría perdida*, Buenos Aires, Sudamericana, 1985.

de veda política y la falta, tras la muerte de Perón en 1974, de una serie de reglas definidas, compartidas y legitimadas para definir las distintas candidaturas. Al contrario, los meses de la campaña de 1983 se caracterizaron por las pujas entre una maraña de corrientes no siempre bien definidas y en las que no faltaron reagrupamientos, cambios de bando y desgajamientos. Existía una división entre los llamados antiverticalistas, que no respetaban la dirección de Isabel Perón y Deolindo Bittel, y los llamados verticalistas, pero en realidad, dentro de estos había un gran número de líneas internas que, más allá de su ideología, se diferenciaban por el candidato al que apoyaban.

En ese juego, Menem, más preocupado por llegar a ser gobernador de La Rioja que por los entresijos de la política nacional, fue fiel a su carácter táctico y a la premisa de no apostar todo a un único número. Mantuvo contactos con la línea Intransigencia y Movilización (corriente de carácter izquierdista dentro del peronismo) y el MUSO (en el que se encontraban Bittel y Cafiero), apoyó a la isabelista línea de Lealtad y Unión¹¹ y terminó vinculado a la Convocatoria Peronista liderada por Carlos Grosso y José Octavio Bordón, antiguos no alineados en los que se empezaba a ver la génesis de lo que sería la futura Renovación, que mantenían asimismo buenas relaciones con el candidato Luder¹².

A pesar de este juego de corrientes, congresos y elecciones internas, el candidato peronista (que a la postre fue Ítalo Luder) se decidió finalmente en una reunión cumbre entre pocos líderes y el justicialismo no supo, durante toda la campaña, despegarse de la

¹¹ Como se menciona en el diario *La Voz*, Menem, habiendo fracasado en promover su candidatura para la conducción del partido, viajó hasta Madrid para intentar ganarse el apoyo de Isabel. Esta, sin embargo, rechazó contactar con él. *La Voz*, 1 de noviembre de 1983.

¹² *El Bimestre*, 8, 11 de marzo de 1983. Según Ivancich, Convocatoria Peronista «nucleaba a quienes habían estado unidos en el Comando Tecnológico Peronista –CTP- en la década del 70 pero que aparecía como proyecto novedoso por su discurso adecuado a los nuevos aires democráticos y que nucleaba a protagonistas como Carlos Grosso y Miguel Ángel Toma –Capital Federal-, Roberto Carignano –Santa Fe-, José Octavio Bordón –Mendoza-, Remo Constanzo –Río Negro- y otros dirigentes». IVANCICH, N.: *Norberto Ivancich: compromiso y reflexión. Escritos y memoria de un intelectual del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 2006, pp. 227-228.

imagen de partido caótico, poco democrático y violento¹³. Además de otros factores, estas serían las razones que ayudarían a que se diera esa sorprendente e inesperada derrota frente al candidato del partido radical, Raúl Alfonsín.

Tras el desastre del justicialismo a nivel nacional, Menem, legitimado por su victoria en La Rioja, basó su estrategia de esos años en dos ejes: criticar abiertamente a la conducción del partido como la principal causante de la derrota y acercarse lo más posible a la figura de Alfonsín y a la estela de sus políticas. Así, no perdió mucho tiempo, apenas unos días tras el resultado electoral, en lanzarse a criticar lo ocurrido, atacando a la cúpula partidaria, el excesivo peso que sobre esta ejercían los sindicatos y su líder Lorenzo Miguel¹⁴ y la elección de ciertas candidaturas, como la de Herminio Iglesias, político que se ganó un nombre por su carácter polémico y violento, para la gobernación de Buenos Aires. Ejemplos de esas críticas no faltan. Menem afirmaría que: «las autoridades del Consejo Superior Peronista, todos menos Isabel Perón, deben presentar las renunciaciones a sus cargos para proceder a la reorganización interna»¹⁵. O bien que: «nada se construye sobre las derrotas y, evidentemente, quienes están al frente de la conducción nacional son derrotados y tienen que dar un paso al costado»¹⁶.

Con la conducción del Consejo Superior desprestigiada, pero remisa a abandonar su espacio de poder, el riojano, aprovechando el poder que en las provincias todavía

¹³ Siguiendo de nuevo a Ivancich, al contrario que la UCR de Alfonsín, que captó el talante democrático que respiraba la sociedad a la salida de la dictadura, el peronismo se presentaba en 1983 sin hacer examen de conciencia de los violentos episodios de su tercer gobierno: «la renovación política [propuesta por Alfonsín] estaba exaltada por la fórmula *Somos la vida*: era el intento de desvincularse de la violencia de la historia reciente y plantear un cambio que posibilitara llegar a un *nuevo orden*. Dentro del viejo orden estaban los que habían ejercido la violencia: el Proceso y el peronismo (...). La identidad peronista del '83 incluía el periodo '74 a '76 y si no se la revisaba y reemplazaba por otra era obvio que pesaba sobre el electorado indeciso que quería confiar en un proyecto realizable». IVANCICH, N.: *Norberto Ivancich...* *op. cit.*, pp. 212-213.

¹⁴ Sólo un día más tarde de la derrota electoral, el riojano sostenía que: «con todo el respeto que me merecen los sindicatos, la conducción del partido debe estar en manos de un político». *La Voz*, 1 de noviembre de 1983.

¹⁵ *Clarín*, 8 de noviembre de 1983.

¹⁶ *Clarín*, 18 de noviembre de 1983.

atesoraba el justicialismo (que se había impuesto en doce de ellas), fue también uno de los impulsores del llamado Consejo Federal, que agrupó a los gobernadores y principales líderes provinciales del partido y que aspiraba a ser una suerte de nueva conducción de hecho. Finalmente, el Consejo Nacional logró mantener la situación inalterada hasta fines de 1984, pero tanto el Consejo Federal como la Comisión de Enlace y el Comando Supremo ideados por Isabel Perón lograron poner en jaque la posición de la conducción. En lo que se podría catalogar de un empate, la relación de fuerzas entre estos organismos demostró que ningún grupo dentro del peronismo tenía la energía y legitimidad suficientes para imponerse al resto.

Durante estos meses, mientras definía ese perfil opositor y aumentaba su presencia en los medios nacionales, Menem, además, fue armando su propio espacio y sus propias redes para afianzar sus posibilidades políticas. En mayo de 1984 lanzó una nueva corriente llamada Restauración Peronista, desde la que se decía impulsar la renovación de autoridades mediante el voto directo de los afiliados y desde la que se defendía su nominación (ya en una fecha tan temprana como esa) como candidato a la presidencia¹⁷. Pensada sobre todo para el ámbito de la Capital Federal, Restauración no consiguió un vuelo como otra línea lanzada por Menem muy poco tiempo después, Federalismo y Liberación, en la que se encontraban futuros hombres fuertes del gobierno menemista como su hermano Eduardo Menem o Julio Corzo¹⁸.

Al mismo tiempo, Menem aprovechó cualquier ocasión para demostrar su apoyo a Alfonsín, hasta, al menos, las elecciones legislativas de 1985. Visitó al presidente en noviembre de 1983, aprobó, frente al criterio de otros compañeros, el nombramiento de

¹⁷ La referencia al caudillo del siglo XIX Juan Manuel de Rosas, figura querida por el revisionismo histórico peronista, conocido como El Restaurador, está implícita en el nombre de la línea. Otros dirigentes de la misma fueron César Arias, Amadeo Alí Falad y Juan Barbagallo. *Clarín*, 21 de marzo de 1984.

¹⁸ DÍAZ, J. A. y LEUCO, A.: *El heredero de Perón*, Buenos Aires, Planeta, 1989, p. 37.

Ángel Robledo, viejo político justicialista, como asesor honorario del presidente, respondió a las críticas que desde sectores del peronismo se lanzaban hacia el gobierno, organizó actos junto a Alfonsín en La Rioja¹⁹ y hasta llegó a declarar que, de ser necesario, los peronistas debían arriar «nuestras banderas en pos de la unión nacional»²⁰.

Pero quizás el mejor episodio en el que se puede comprobar, a la vez, esa defensa de las posiciones del oficialismo por parte de Menem y la anarquía reinante en el peronismo de esos años, sea el del referéndum sobre el canal del Beagle. El del Beagle era un viejo conflicto territorial mantenido con Chile por la definición de la frontera entre ambos países en el estrecho de dicho nombre. Tras llegar finalmente a un acuerdo con los chilenos, Alfonsín propuso realizar un referéndum de carácter no vinculante para legitimar la firma del tratado. Ello supuso un grave desafío y un dilema para el acorralado justicialismo, que no quería defender el voto afirmativo para no aparecer junto al gobierno, pero que tampoco podía apostar por una negativa, que tenía pocos visos de prosperar en una sociedad cansada de este tipo de conflictos. La conducción peronista decidió, tras distintas discusiones, abogar por la abstención, pero sin la energía suficiente como para imponer la disciplina de partido a sus miembros. De hecho, Menem fue un activo defensor de la postura del sí y hasta llegó a realizar un acto multitudinario en La Rioja en su apoyo en el que participó el canciller Dante Caputo²¹.

En definitiva, como señalan Díaz y Leuco:

¹⁹ *El Bimestre*, 15, 21 de mayo de 1984.

²⁰ *Clarín*, 31 de mayo de 1984.

²¹ *Clarín*, 10 de noviembre de 1984. Menem no fue el único peronista que defendió el voto afirmativo. Personajes tan dispares como Luder, Bárbaro, Labaké y Rosa también lo hicieron. En el referéndum, el 81% de los votantes eligió el sí, mientras que el 17% optó por el no.

Menem y su pequeño séquito eran una máquina de hacer gestos y producir impactos. En el justicialismo –a la defensiva- se fue construyendo la leyenda: el caudillo se había entregado mansamente al sátiro alfonsinista. Los radicales lo incluían en la propia tropa y soñaron con una fórmula tercermovimientista [es decir, que superara la división entre radicales y peronistas] para el '89²².

Con esa imagen negativa que iba generando Menem en algunos sectores del peronismo y sus continuas críticas a la conducción, no es de extrañar que el gobernador riojano fuera uno de los protagonistas del congreso partidario que se celebró en el teatro del Odeón de Buenos Aires en diciembre de 1984. Dicho congreso tenía como objetivo la renovación de la cúpula y la discusión de los puntos que reclamaban las corrientes que defendían una mayor democracia interna en el partido. Sin embargo, el congreso del Odeón acabó convertido en un caos en el que no faltaron episodios de violencia, que tuvieron en Menem a uno de sus blancos preferidos²³. En medio de una gran polémica, los disidentes con la conducción nacional (entre los cuales se encontraban la mayoría de los gobernadores y senadores y una gran parte de los diputados del partido) abandonaron el recinto y dejaron sin quórum y sin legitimidad la elección de la nueva cúpula²⁴.

Odeón daría carta de nacimiento a una fractura que dividirá el peronismo en los años siguientes, la que separaba a ortodoxos, que defendían lo aprobado en este congreso, y los renovadores, que desconocían a la nueva cúpula y pedían la realización

²² DÍAZ, J. A. y LEUCO, A.: *El heredero... op. cit.*, p. 32.

²³ Según la crónica de *La Voz*, Menem fue increpado tanto a la entrada como a la salida del recinto con gritos de «traidor» y «andate con Alfonsín». Además «los representantes de su provincia lo protegieron impidiendo que los golpes y manotazos llegaran a destino». *La Voz*, 16 de diciembre de 1984.

²⁴ La nueva conducción estaba encabezada por José María Vernet, como vicepresidente primero. El joven gobernador de Santa Fe contaba con una escueta trayectoria en el partido, de apenas dos años, pero tenía el decisivo respaldo de los sindicatos. Como vicepresidente segundo (y verdadero hombre tras el poder) fue electo Lorenzo Miguel, mientras que Herminio Iglesias ocupaba la secretaría del partido.

de elecciones internas. Menem, al menos hasta 1987, se situará claramente junto a estos últimos, participando en el congreso de los disidentes celebrado en febrero de 1985 en Río Hondo y convirtiéndose en una de las caras más visibles de la corriente renovadora²⁵.

1986-1989: la ruptura con la Renovación y la interna presidencial

La llamada Renovación peronista fue posiblemente el intento más ambicioso por democratizar internamente el Partido Justicialista²⁶. Reuniendo las distintas voces críticas que se venían escuchando desde fines de 1983, sus objetivos principales eran la institucionalización del partido, reformando su carta orgánica, haciendo del voto directo el método para la elección de cargos y candidatos. Tras el congreso de Río Hondo, en el que demostraron tener una fuerza suficiente como para desafiar a la conducción, la nueva corriente obtuvo un gran impulso, pero este se diluyó poco después cuando en el congreso de unidad, celebrado en La Pampa en julio de 1985, los sectores ortodoxos aprovecharon las divisiones e indecisiones de los renovadores para imponer una nueva conducción capitaneada por sus hombres. Derrotados en el plano interno, la Renovación se cobró una pronta revancha en las urnas, cuando en las elecciones legislativas de noviembre de 1985 sus listas y candidatos lograron un gran desempeño y vieron refrendados sus métodos y propuestas²⁷.

²⁵ Sólo como una pequeña muestra de su posición en este momento, Menem llegaría a acusar a Vernet nada menos que de haber sido asesor de Roberto Ulloa, gobernador militar de la provincia de Salta durante la dictadura. *El Bimestre*, 19, 23 de enero de 1985.

²⁶ En palabras de De Ipola: «A pesar de no pocas contradicciones, vaivenes, conflictos y deserciones, la corriente interna del justicialismo conocida como “peronismo renovador” aparece hoy –mediados de 1987- como el esfuerzo más serio intentado hasta el presente de fundar y consolidar un peronismo democrático en toda la historia de esa fuerza política». DE IPOLA, E.: «La difícil apuesta del peronismo democrático», en NUN, J. y PORTANTIERO, J. C.: *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1987, p. 333.

²⁷ El caso más paradigmático sería el de Buenos Aires, en el que Cafiero se presentaba fuera de las estructuras formales del partido. Aún así, el frente electoral que encabeza logró unos resultados muy superiores a los obtenidos por el justicialismo oficial de Herminio Iglesias, si bien ambos quedaron lejos

En esos días en los que la Renovación empezaba a desplegarse con vuelo propio y formaba una corriente interna propia, Menem, junto con Cafiero y Grosso, era considerado uno de los tres referentes de la línea y no dudaba en presentarse a sí mismo como el primer impulso de esta: «Yo diría que, modestia aparte, el hombre que realmente hace nacer esta idea [la de la Renovación] y que levanta las banderas de la unidad nacional, del federalismo y de la unión latinoamericana, es el suscripto»²⁸.

A pesar de que los renovadores parecían protagonizar un ascenso imparable, muy pronto, fiándose una vez más de su desarrollado olfato político, Menem fue apartándose paulatinamente de estos, hasta convertirse, paradójicamente, en julio de 1988, en el hombre que haría naufragar dicho proyecto. Durante este periodo que, a grandes rasgos, se sitúa entre 1986 y 1988, el riojano lograría intuir la frágil base sobre la que se asentaban los renovadores, así como el capital político y de recursos de poder que todavía atesoraban los sectores ortodoxos. Este periodo coincide no por casualidad con el fin de la llamada *ilusión democrática*: acosado por la crisis económica tras el fracaso del Plan Austral²⁹ y jaqueado por unos militares que se rebelaban por la continuación de los juicios sobre los crímenes de la dictadura³⁰, el gobierno fue perdiendo la iniciativa y el apoyo de una ciudadanía cada día más desencantada con los políticos. Al contrario que los renovadores, que optaron por privilegiar la gobernabilidad y se avocaron a pactar con el gobierno, Menem fue cultivando el perfil,

del radicalismo. Por su parte, tampoco Menem, al contrario que otros caudillos del interior, tuvo problemas para imponer su lista en su provincia, si bien perdió algunos votos respecto a 1983. Impulsado por el éxito electoral, el riojano no dejaría escapar la ocasión para anunciar, una vez más, que pretendía ser el candidato justicialista en 1989. *Clarín*, 11 de noviembre de 1985.

²⁸ CAFIERO, A. et al.: *Hablan los... op. cit.*, p. 105.

²⁹ Con dicho nombre se conoció a un programa económico, lanzado en junio de 1985, ideado para lograr la estabilidad monetaria y detener el crecimiento de la inflación, cuyo pilar principal fue la creación de un nuevo signo monetario, el austral. El Plan cosechó un rápido éxito frenando la escalada inflacionaria (hecho que se vio premiado con los buenos resultados electorales del radicalismo en 1985), pero hacia 1987 había experimentado un gran agotamiento y la inflación volvía a situarse en cifras preocupantes.

³⁰ La joven democracia tuvo que soportar hasta cuatro levantamientos armados de un sector del Ejército conocido como los *carapintadas*, entre 1987 y 1990, cuya principal reivindicación era el cese de los juicios sobre el periodo de la dictadura.

valga la contradicción, de un político antipolítico, iconoclasta y alejado del tradicional discurso e imagen de los políticos.

Fiel a su estilo sibilino y calculador, el alejamiento de Menem y los renovadores no fue abrupto y empezó a producirse con una serie de hechos en principio inocentes, pero que fueron generando recelos y desconfianzas cada vez mayores. Como señala De Ipola, el buen desempeño electoral de los renovadores en 1985:

no bastó para evitar que surgieron nuevas ocasiones de conflicto, despertaron rivalidades latentes y se produjeron algunas excomuniones (...) Menem, en efecto, comienza a adoptar actitudes independientes y a proclamar abiertamente su decisión de postularse como candidato justicialista a la presidencia de la República en las elecciones de 1989³¹.

Actitudes independientes que se observaban en un cambio de discurso, apreciable, por ejemplo, en el acto de la Renovación celebrado en Plaza Once de Capital Federal, el 23 de mayo de 1986, en el que Menem, al contrario que Cafiero o Grosso, empezó a darle un valor prioritario a la consecución de la unidad del partido. Como señala Ivancich, frente al discurso rupturista, de necesidad de recambio de concepción, dirigentes y metodología que había sido la bandera de los renovadores, Menem «ya comenzaba a priorizar un denominador común o un promedio dentro del peronismo, tendiendo un puente hacia el pasado que la renovación sabía que no podía aceptar»³². Así, a finales de ese 1986, el riojano ya se sentía incómodo con la etiqueta de renovador

³¹ DE IPOLA, E.: «La difícil...», *op. cit.*, p. 336.

³² IVANCICH, N.: *Norberto Ivancich... op. cit.*, p. 246.

y pretendía presentarse a sí mismo como una síntesis superadora de la dicotomía entre renovadores y ortodoxos³³.

Más contundente que este giro discursivo sería el apoyo menemista a las listas opositoras a los renovadores en las numerosas elecciones internas que se disputarían en varios distritos provinciales. Menem avalaría en Santa Fe a la lista de Vernet frente a la encabezada por el renovador Carignano, mientras que en Buenos Aires, el riojano tuvo la audacia de disputar el control del partido a Cafiero, presentando una lista propia, la de Federalismo y Liberación, que recogía a varios herministas. El futuro gobernador de la provincia ganaría ampliamente estos comicios celebrados en noviembre (obteniendo un 64% de los votos), pero Cafiero no se privó de criticar abiertamente la actitud de Menem, a quien ya consideraba fuera de la Renovación³⁴, opinando que «se ha sacado la camiseta renovadora y ahora usa una “renodoxa”, mezcla de la renovación con la ortodoxia»³⁵.

Menem también tendría su cuota de polémica durante las elecciones constituyentes de la provincia de Córdoba, en diciembre de 1986, en la que apoyaría a los candidatos del Partido Justicialista oficial, enfrentado a los renovadores de De la Sota, que se presentaba por fuera de las estructuras partidarias, en alianza con la Democracia Cristiana³⁶.

³³ En sus propias palabras, inquirido poco antes de la interna bonaerense: «Yo he dicho hasta el cansancio que está superado el proceso de la ortodoxia y el periodo de la renovación, no quiero ser referente de ninguno de los dos sino que pretendo serlo del justicialismo a secas». *Clarín*, 16 de noviembre de 1986.

³⁴ Para Cafiero, «el único peronismo renovador bonaerense es el de la Lista Blanca», añadiendo que «si se analiza a quienes integran las listas de Federalismo y Liberación (que expresa el menemismo) encontraremos que esos candidatos fueron los del Frejuli (que encabezó Herminio Iglesias)». *Clarín*, 30 de septiembre de 1986.

³⁵ *Clarín*, 8 de noviembre de 1986. Menem, por su parte, justificó su intervención en Buenos Aires argumentando que «yo trabajo para 1989». *Clarín*, 22 de julio de 1986.

³⁶ Explicando ese apoyo contrario a los intereses de la Renovación, Menem diría que «nos guste o no nos guste su conducción, debemos en forma disciplinada apoyar a las estructuras del Movimiento Nacional Justicialista. Por eso en Córdoba estamos apoyando no a la ortodoxia ni a la renovación, sino al Partido Justicialista». *Clarín*, 7 de diciembre de 1986.

A pesar de todos estos gestos y del deterioro de las relaciones entre los tres referentes renovadores, como muestra de la tradicional aversión peronista a las rupturas definitivas, Menem participó en diversos actos durante la campaña para elecciones legislativas de 1987 apoyando la candidatura de Cafiero a la gobernación de Buenos Aires³⁷. Esas elecciones de septiembre de 1987 marcarían el cenit de la Renovación, que ya no sólo controlaría la clave provincia de Buenos Aires³⁸, sino que pronto se haría también con las riendas del partido, puesto que en la nueva conducción que se oficializaría en enero de 1988, Cafiero ocuparía la presidencia del partido y Menem su vicepresidencia. Pero este éxito no aplacaría ni por un momento el apetito por parte de Cafiero y Menem³⁹ por conseguir la candidatura para la elección presidencial de 1989; una candidatura que, por primera vez en la historia del partido, se dirimiría mediante una elección interna, con todo el país como distrito único⁴⁰.

Las internas de julio de 1988 tuvieron una gran significación no sólo por esa ruptura con los habituales métodos de un partido con poca tradición con la democracia interna (lo que constituyó posiblemente el aporte más sustantivo de la Renovación), sino porque en ellas se enfrentaban, además de dos candidatos, dos modelos de entender el partido y la política: el de Cafiero, cada vez con más concomitancias con el proyecto alfonsinista, y el de Menem, que trataba de situarse en los márgenes de la política

³⁷ *Clarín*, 23 de julio de 1987.

³⁸ El peronismo conseguiría un resultado espectacular en esas elecciones, en las que obtuvo la victoria en 17 provincias. En La Rioja, Menem volvería a ser elegido gobernador, obteniendo más del 60% de los votos.

³⁹ De hecho, al día siguiente de la gran victoria de Cafiero, la ciudad de Buenos Aires apareció cubierta con carteles con el título «Menem presidente».

⁴⁰ Hemos desarrollado más ampliamente este tema de la elección en BAEZA, J.: «Una sorprendente victoria: Menem y su red de apoyo en las elecciones internas del peronismo de 1988», *Historia Actual Online*, 22 (2010), pp. 33-44.

tradicional, con un discurso emotivo y poco concreto, y acumulando bajo su ala a todos los sectores apartados por la Renovación⁴¹.

Contra todo pronóstico, en lo que fue una sorpresa mayúscula, ya que Cafiero controlaba teóricamente tanto el aparato del partido como la provincia de Buenos Aires, la fórmula Menem-Duhalde se llevó la victoria recogiendo el 54% de los votos. A ello contribuyó sin duda el desgaste al que se vio sometida la Renovación por ofrecer una imagen pública demasiado similar al gobierno, algo que aprovechó Menem para subrayar las semejanzas de Cafiero con Alfonsín y para apelar a un estilo político muy arraigado en el imaginario popular peronista y no demasiado alejado del que utilizarán los líderes neopopulistas catalogados de *outsiders*⁴². Como señala Garategaray,

el gobernador riojano activó una dicotomización del espacio político, muy arraigada en la historia argentina, que le permitió simplificar los proyectos políticos en dos grandes alternativas. Frente al centralismo avasallado de Buenos Aires, impulsaba el federalismo y los intereses del interior (...); frente al carácter intelectual de Cafiero, contraponía el carácter plebeyo del peronismo y su persona como un representante del pueblo; frente a la razón, su carisma; frente a la institucionalización del movimiento en partido, defendía el carácter movimientista del peronismo⁴³.

Pero tampoco se debe subestimar la intuición y el intrincado trabajo de alianzas menemista a la hora de construir una base de apoyo sobre la que lanzar su proyecto de

⁴¹ Entre ellos, no sólo se encontraban ortodoxos, herministas y sindicalistas de las 62 y los 15, sino grupos tan heterogéneos como el derechista Comando de Organización y el Peronismo Revolucionario, así como ex renovadores como Bárbaro o Cardozo.

⁴² Menem fue hábil a la hora de dibujar esa imagen de sí mismo. En su análisis sobre la cuestión, Carlos Álvarez expresaría que «la figura de Menem circula por una avenida distinta a la que transita el grueso de la clase política, por eso no es juzgado con la misma lógica que se utiliza para elogiar o criticar las acciones de cualquier otro dirigente». ÁLVAREZ, C.: «Los desafíos del peronismo», *Unidos*, 19 (octubre 1988), p. 7.

⁴³ GARATEGARAY, M.: *Unidos en la identidad peronista. La Revista Unidos entre el legado nacional-popular y la democracia liberal (1983-1991)*, Universidad Tres de Febrero, 2008, pp. 117-118.

alcanzar la presidencia; labor que, como vimos en los casos de Buenos Aires o Córdoba, venía tejiendo desde, por lo menos, un par de años. Con mimbres muy similares a estos, una propuesta en el que se acumulaban lugares comunes como el *salario*, la *revolución productiva* o la *reconciliación nacional*, más una novedosa campaña proselitista en la que primaba el contacto directo con el público y un buen uso de los medios de comunicación, Menem sería el gran triunfador de las elecciones de 1989. Culminaba así con éxito un viaje de varios años, en los que supo moverse en las intrincadas aguas del justicialismo en crisis, apostando en cada momento por la estrategia ganadora. Llegaba, además, en mitad del caos producido por la hiperinflación, como un elemento extraparlamentario, rompedor con la tradición política anterior: sin embargo, un examen de su actuación entre 1983 y 1989 demuestra que estaba muy lejos de ser un *outsider*.

Conclusiones

Como hemos intentado demostrar en las anteriores páginas, Menem podría entrar dentro del paradigma de líder neopopulista, pero estaba muy lejos de ser un advenedizo en política. Se trataba de un político con una larga trayectoria, más amplia que la del periodo tratado aquí, que fue una pieza clave y fundamental en la historia del justicialismo de los años 80. En un contexto de grave crisis partidaria, supo saber en cada momento a quién apoyar con quién rodearse para conseguir finalmente el objetivo de la presidencia: cercano a Alfonsín en el mejor momento del presidente radical, referente renovador cuando esta corriente parecía ser la gran esperanza peronista y opositor a esta cuando se advirtieron sus debilidades.

La llegada de Menem a la presidencia provocó rupturas a varios niveles, especialmente con el pasado del justicialismo, pero también existen varios hilos que

unen el periodo anterior y posterior a 1989. Especialmente, ese oportunismo y buen olfato para encontrar las mejores oportunidades en su propio beneficio. Algo quizás reprochable en términos éticos y que fue posible gracias al bajo grado de institucionalización que presentaba el partido peronista, pero que le ofreció grandes réditos políticos.

La trayectoria de Menem entre 1983 y 1989 es también, de alguna manera, la historia del ascenso y caída de la corriente renovadora. El riojano, él mismo un renovador, demostró las debilidades y fragilidades de la línea, sus ambigüedades y los topes (el alfonsinismo por un lado y el miedo a la ruptura del peronismo por otro) que no logró superar.

En conclusión, Menem estuvo lejos de ser un *outsider*. Otra cuestión sería preguntarse por qué construyó de sí mismo una imagen de alguien que llegaba desde un espacio extrapolítico para salvar a Argentina de la grave crisis en la que se hallaba inmersa.